

DIA III.

MARTIROLOGIO.

SANTA SERAFIA (ó SERAFIA), virgen, en Roma; la cual en tiempo del emperador Adriano, habiéndola entregado á dos jóvenes lascivos, y no pudiendo ser violada, ni tampoco quemada con hachas encendidas, por sentencia del juez Berylo fué azotada, y luego degollada, el día 29 de julio: enterróla Sta. Sábina en su propio sepulcro junto á la plaza de Vindiciano. La memoria de su martirio se celebra mas solemnemente en el día de hoy en que fué adornado el sepulcro de estas dos Santas, y el lugar donde estaba dedicado para servir de oratorio. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SANTA PHEBES (ó FEBES), en Corinto, de la cual hace memoria S. Pablo apóstol escribiendo á los Romanos (cap. 16, y dice de esta manera: «Os encomiendo á Phebe nuestra hermana, que está en el servicio (diaconisa *) de la iglesia de Cencrea: que la recibais en el Señor, como deben los santos, y la ayudeis en todo lo que os hubiere menester; porque ella ha asistido á muchos, y á mi en particular.»)

LAS SANTAS VIRGENES Y MÁRTIRES EUFEMIA, DOROTEA, TECLA Y ERASMA, en Aquileya, las cuales en tiempo de Neron, despues de crueles tormentos, fueron degolladas; sus cuerpos los sepultó S. Hermágoras. (Las dos primeras eran hermanas y las otras dos primas suyas. Fueron degolladas por Valente, padre de las primeras y tío de las segundas.)

LOS SANTOS MÁRTIRES ARISTEO obispo, y ANTONINO niño, en Capua.

EL MARTIRIO DE SANTA BASILISA, virgen y mártir, en Nicomedia; la cual de edad de nueve años, en la persecucion de Diocleciano, siendo gobernador Alejandro, habiendo vencido con divina fortaleza los azotes, el fuego y las fieras, puesta en oracion entregó su alma al Criador.

LOS SANTOS MÁRTIRES ZENON Y CARITON, de los cuales el uno fué metido en una caldera de plomo derretido, y el otro en un horno ardiendo. (Créese que eran griegos.)

SAN SANDALIO, mártir, en Córdoba. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES AIGULFO, abad de Lerins, y SUS COMPAÑEROS monjes, en el mismo día; los cuales habiéndoles cortado la lengua, y sacado los ojos, fueron degollados.

(*) Las diaconisas eran viudas, ó virgenes de edad ya madura, y de una piedad reconocida: se consagraban al servicio de la Iglesia, no para servir al altar, sino para emplearse con las personas de su sexo en todos aquellos oficios de caridad que ejercian los diaconos con los hombres.

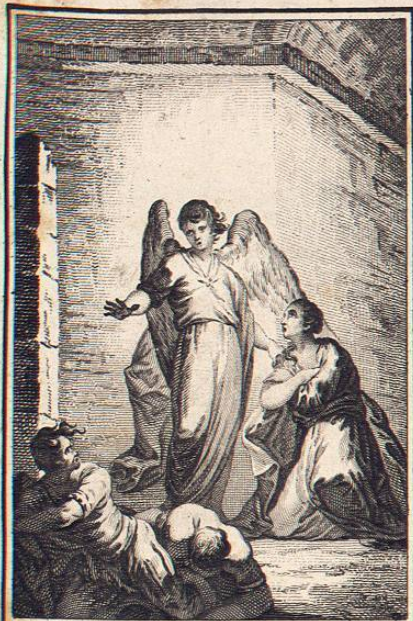
SAN MANSUETO, obispo y confesor, en Toul de Francia. (Era escocés de nacimiento y floreció imperando Constante, hijo de Constantino el Grande. Por su zelo en propagar el Evangelio en las Galias fué elegido y consagrado primer obispo de Toul, cuya iglesia había engendrado en Jesucristo.)

SAN AUXANO, obispo, en Milan.

SAN SIMON STILITA (ó de la Columna) el mozo, en el mismo dia. (Véase su noticia en las de hoy.)

LA CONSAGRACION DEL INCOMPARABLE VARON SAN GREGORIO EL MAGNO, en Roma; el cual habiéndole obligado á encargarse contra su manifiesta voluntad del sumo pontificado, desde lo alto de su silla despidió rayos de santidad que resplandecen por toda la tierra. (Su vida en las del dia 12 de marzo.)

SANTA SERAPIA, VIRGEN, Y SANTA SABINA, VIUDA,
MÁRTIRES (*).



STA . SERAPIA V. Y M.

FUÉ Sta. Serapia una doncella de Antioquia de Siria, hija de padres cristianos, que al primer fuego de la persecucion se retiraron á Italia, llevándose consigo á la niña, y dedicándose con el mayor cuidado á educarla en las máximas mas santas de la religion, é inspirándola desde la cuna un santo horror á los devaneos del mundo. Muertos sus padres, fué pretendida la tierrecita huérfana por los primeros caballeros de Roma, enamorados de su estremada belleza, de su rara discrecion, y de todas las demás singulares prendas que á porfia la adornaban; pero la santa doncella, que habia resuelto no admitir otro esposo que á Jesucristo; tuvo el valor y la dicha de evitar todos los lazos que la armaron, y quiso mas ser criada de una jóven viuda, que ser contada en el número de las señoras romanas.

Era esta viuda la ilustre Sabina. Apenas habia estado Serapia dos meses en su compañía, quando la ganó enteramente el corazon, pasando de las obligaciones de criada á todas las confianzas de la mas estrecha amiga. Como Serapia estaba dotada de un entendimiento superior, y de una virtud todavía mas superior á su despejado entendimiento, se aprovechó con tanta discrecion y con tanta oportunidad del tierno amor que Sabina la profesaba, que poco á poco la fué abriendo los ojos en materia de religion, haciéndola tan palpable la ridiculez y la impiedad de las paganas supersticiones, que la convirtió á la fe de Cristo; y disponiendo

(*) De la historia particular de Sta. Sabina, viuda, se lee un resumen en las del dia 29 de agosto, en el que hace conmemoracion especial de esta Santa el Martirologio romano.

que recibiese el santo bautismo; tuvo el consuelo de verla sobresalir entre las señoras cristianas mas fervorosas. Luego que la consideró bien arraigada en la fe, y la vió descollar tanto en una eminente virtud, la aconsejó se retirase á una de sus posesiones de Umbría, que se llamaba Vendina, adonde la siguieron tambien algunas doncellas cristianas que formaron como una pequeña congregacion, convirtiéndose la casa de Sabina como en cierta especie de religioso monasterio. Servian todas juntas á Dios tranquilamente en su retiro, cuando hácia el principio del año 175 se levantó una persecucion contra la Iglesia; y sabiendo el gobernador de Umbría, por nombre Berylo, que todos eran cristianos en casa de Sabina, la envió una orden para que luego mandase llevar á su presencia todas las doncellas que estaban retiradas en su casa. Escusóse Sabina de obedecer aquella orden, y no permitió que alguna de ellas saliese; pero previendo la prudencia de Serapia las malas resultas de aquella resistencia, y animada de una viva confianza en su esposo Jesucristo, suplicó á Sabina que la permitiese á ella sola presentarse delante del juez, esperando que no la abandonaria el Señor, y que con la asistencia del cielo podrian conjurar aquel nublado. Conocia muy bien Sabina el peligro á que se esponia Serapia; y como la amaba tan tiernamente, reconociendo que despues de Dios á ella solo debia su salvacion, no perdonó á diligencia alguna para desviarla de aquel arriesgado pensamiento; pero viéndola tan empeñada en él, y que á competencia de las dificultades avivaba las instancias, no dudó ser inspiracion del cielo; pero en todo caso quiso ella misma acompañarla á casa del gobernador, adonde se hizo conducir en una litera.

Recibióla Berylo con el mayor respeto, bien informado de su calidad y de sus prendas personales, contentándose con decirle extrañaba mucho que una señora de su esfera se abatiese á la indecencia de seguir las estravagancias de los cristianos, y todo á persuasion de una infeliz hechicera (así llamaban á Serapia los gentiles cuando supieron que habia convertido á Sabina, atribuyéndolo todo á hechizos y encantamientos.) Respondióle Sabina, que entre cristianos se ignoraba absolutamente todo lo que sonaba á encantos, hechizos y sortilegios; ni se reconocia otra causa de aquellos maravillosos efectos que la gracia del Dios de los cristianos, en cuyas manos está el corazon de los hombres, y que ella deseaba vivamente que él mismo tuviese la dicha de experimentar aquella especie de encantos. Nada la replicó Berylo; y despidiéndose Sabina de él, se restituyó á su casa en compañía de Serapia.

Creyóse que el gobernador la dejaria vivir en paz acompañada de sus doncellas; ó convencido, ó acobardado de la generosa resolucion con que le habia respondido; pero tres dias despues envió á prender á Serapia por sus ministros ó arqueros, con orden de que la condujesen al pretorio para ser examinada judicialmente y con toda solemnidad. Sobresaltada Sabina con aquella violenta novedad, la siguió á pié, y se valia de los ruegos, de las promesas y de las lágrimas para que no se maltratase á una persona tan de su cariño, contra la cual no podia haber acusacion que no fuese inicua y calumniosa; pero no habiendo podido conseguir gracia alguna, se restituyó á su casa deshaciéndose en amargo llanto. Mientras tanto, mandando Berylo á Serapia que se acercase, la preguntó de repente si queria sacrificar á los dioses que adoraban los emperadores; á lo que respondió la santa doncella sin la menor señal de turbacion, que siendo, como era, cristiana, ni conocia, ni temia, ni adoraba á otro Dios que al único Señor todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, y que la causaba estrañeza tuviesen valor para proponerla que tributase adoracion á unas mentidas deidades, que ella reputaba por demonios verdaderos. *Pues á lo menos, replicó el juez, véale yo sacrificar á ese tu Cristo.—Esa es una cosa muy fácil, respondió la Santa, pues todos los dias le ofrezco sacrificios, adorándole sin cesar, y pasando en oracion los dias y las noches.—¿Pero qué especie de sacrificios le ofreces, repuso con soberania Berylo, y en qué templo le ofreces esos sacrificios?—El sacrificio que le ofrezco, y el que es mas de su divino agrado, dijo la Santa, es conservarme pura y limpia por medio de una casta vida, persuadiendo á otros con mis ejemplos y con mis palabras á que hagan tambien profesion de consagrarle la misma pureza.—¿Y á eso llamas tú el templo de tu Dios, replicó el juez, y esos son tus sacrificios?—¿Pues qué cosa se puede hallar mas digna del verdadero Dios, respondió Serapia, que honrarle y servirle con la inocencia de las costumbres y con la santidad de vida?—Segun eso, repuso Berylo con desden, tú misma eres el templo de tu Dios?—¿Quién lo duda? respondió la Santa, con tal que me conserve inocente y pura con el auxilio de su gracia.—De esa manera, replicó el juez con cierto ademan de burla, fácil me será encontrar medio para que dejes de ser su templo.—El Dios á quien adoro, respondió Serapia, y á quien me consagré desde mi infancia, le encontrará tambien para estorbar que este su templo sea manchado ó profanado. Al oír esto, dió orden el impio juez á dos infames jóvenes egipcios que forzasen á Serapia dentro del calabozo; pero la Santa hizo fervorosa oracion al Señor, supli-*

cándole no permitiese que su esposa fuese violentada, y al punto se apareció un ángel á la puerta del calabozo, arrojando de sí un resplandor tan brillante, que atemorizados los dos lascivos mancebos, cayeron derribados como muertos en el mismo sitio. Habia dado órden el gobernador al carcelero que el dia siguiente condujese otra vez á Serapia delante de su tribunal, y pasó á darle cuenta de que habia encontrado á los dos egipcios tendidos como muertos á la puerta del calabozo, sin voz, sin movimiento y sin sentido. Sorprendióle mucho tan extraño como no esperado suceso, y preguntó á Serapia con qué encantos ó hechizos habia reducido á aquellos dos mocos á tan deplorable estado. *No me valí de otros hechizos*, respondió la Santa, *que de la omnipotencia de mi Dios, que no permitió fuese insultada su indigna y humilde sierva. La oracion y la confianza en nuestro Dios son todo nuestro recurso, y á esto se reduce toda la magia y toda la hechicería de los cristianos.*

Dejemos esos artificiosos razonamientos, dijo Berylo, arrebatado ya de cólera y de furor; *una de dos, ó sacrifica prontamente á nuestro Júpiter, ó disponte á perder la vida.*—*Esá amenaza*, respondió Serapia, *es puntualmente la que corona mi dicha, poniendo el colmo á mi alegría. Preguntábase poco ha qué sacrificio ofrecia yo á mi Dios. Y ahora te respondo que será el de mi vida, y me tendré por muy dichosa si mereciere derramar mi sangre por amor de aquel Señor de quien recibí el ser que tengo, y en quien espero me ha de hacer bienaventurada por toda la eternidad.* Irritado el prefecto con tan cristiana respuesta, mandó que la moliesen á palos cruelmente; y viéndola invencible, pronunció la sentencia de que la cortasen la cabeza, con cuya ejecucion se consumó el glorioso martirio de la Santa hácia la mitad del segundo siglo, añadiendo esta cristiana heroína la corona de mártir á la de virgen. Informada de todo santa Sabina, tuvo cuidado de retirar su santo cuerpo, y de hacerla magníficos funeralés; piedad que tardó poco en encontrarse con el merecido premio; porque retirada á su casa despues del martirio de su querida amiga Serapia, solo se ocupaba en meditar la felicidad de los santos, pasando en oracion los dias y las noches, siendo cada dia mas ardiente el deseo de derramar su sangre por Jesucristo, y esperando conseguir esta gracia del Señor por la intercesion de su querida Serapia. No la esperó por largo tiempo; porque aunque Berylo respetó siempre su calidad, su nombre y su virtud, sin atreverse á inquietarla, dejándola entera libertad dentro de su casa, y permitiéndola se ejercitase libremente en sus acostumbradas buenas obras; pero concluido

el tiempo de su prefectura y gobierno, vino un sucesor que no tuvo la misma atencion con nuestra Santa. Llamábase Elpidio; hombre feroz y cruel, que á nadie respetaba; y noticioso de que Sabina hacia pública profesion de cristiana, la mandó prender, y que compareciese ante su tribunal, donde la trató con tanto desprecio, con tanta altanería como si ignorase su calidad y las atenciones que se merecia su ilustre nacimiento. Enviola despues á la cárcel, mandándola marcar con un hierro; como pudiera á una vil esclava. Ninguna princesa subió jamás al trono con mayor alegría en el corazon que la que sintió Sabina cuando se vió en el calabozo. *¿Es posible*, esclamaba como fuera de sí por aquella inundacion de consuelos celestiales que anegaban en delicias toda su alma, *es posible que he de tener yo parte en la misma corona que mi dulcísima Serapia? ¿Qué honra, qué dicha la mía en dar la vida por mi Señor Jesucristo! A la intercesion de mi querida Serapia debo sin duda esta inestimable gracia.* Habíase persuadido Elpidio á que el sonrojo y la incomodidad de la prision la harian mudar de parecer; y mandándola presentar en su tribunal el dia siguiente, la dijo con aire despreciativo, y con un tono de voz imperiosa y levantada: *¿Como te has envilecido tanto que hayas querido tomar partido entre los cristianos, gente indigna y miserable, que hace gloria de la mendiguez, y por una especie de encanto tan lastimoso como risible, igualmente desprecia las riquezas que el honor, la estimacion y la vida? Muy ruin alma te debió de tocar en suerte cuando te has abatido á tan bajos pensamientos.*—*Con tu licencia*, respondió Sabina, *es muy ajeno de la verdad ese errado concepto que has formado de la religion cristiana, y se conoce bien que no penetras ni su nobleza, ni su escelencia, ni su valor. No es bajeza de ánimo despreciar las riquezas y los honores de la tierra por merecer los del cielo: es prueba de prudencia hacer un trueque en que se va á ganar tanto; y si en algo se descubre una grandeza de alma verdaderamente superior, es en el generoso menosprecio de los caducos bienes de este mundo. Lejos de degenerar de la nobleza con que nací profesándome cristiana, la añado un esplendor que se conservará indeleble eternamente. Si de algo se hubiera de avergonzar una persona de obligaciones, una persona de algun poco de razon, seria de doblar la rodilla, y de humillarse delante de unos ídolos, sin otro valor ni precio que el que los da la materia, y los comunica la mano del artífice, siendo el mayor de los sonrojos ofrecer sacrificios á los demonios.*

Mientras hablaba Sabina con una modestia y con una majestad que encantaba á los circunstantes, estaba Elpidio como em-

bargado y suspenso; pero volviendo en sí, y mudando de tono y de semblante: *Creedme, señora*, la dijo con urbanidad y con agrado, *creedme, y dejad de todas esas engañosas preocupaciones, volviéndoos á la religion de vuestros pádras: Los emperadores adoran á nuestros dioses, razon será que vos tambien los adoreis; rúegoos que no os querais obstinar en vuestras extravagantes quimeras, porque me obligareis á quitaros la vida, y á trataros con el último rigor.*—Dueño sois de haerlo, respondió la Santa; podreis quitarme la vida, pero no hacerme mudar de religion.

Tratad de quimeras y extravagancias á esas vuestras infames paganas supersticiones, y no á las infalibles verdades de la religion que profeso. Cristiana soy, y solo adoro al verdadero Dios que adoran los cristianos. Apurado ya el sufrimiento de Elpidio á vista de la constante magnanimidad de la Santa, pronunció en fin su sentencia, condenándola en la confiscacion de todos sus bienes, y en que fuese degollada. Luego que oyó Sabina la sentencia, levantó los ojos al cielo, y sin poder contener el gozo en las márgenes del pecho, exclamó inundado el semblante en alegría: *Yo os rindo, Señor, mil gracias por la merced que me haceis; en vuestras manos encomiendo mi espíritu.* Al acabar de pronunciar estas palabras la cortó el verdugo la cabeza; disponiendo la divina Providencia que concurriese su glorioso martirio en el mismo día, aunque un año despues, que el de su querida Serapia, y fué el 29 de agosto. Pero por estar destinado este día á celebrar el martirio de S. Juan Bautista, fijó la Iglesia la fiesta de los dos Santos el día 3 de setiembre, en que fueron elevados sus cuerpos y trasladados á Roma por los años de 430, colocándose en la iglesia que se edificó en el monte Aventino con el título de Sta. Sabina.

SAN SANDALIO, MÁRTIR.

EN este día se hace conmemoracion en el Martirologio romano de S. Sandalio, con la espresion de que padeció en Córdoba, esclarecida ciudad de Andalucía, fecunda madre de muchos mártires. Los estragos que ha sufrido España en las repetidas irrupciones de muchos enemigos, que invadieron su terreno apetecible en los primeros siglos de la era cristiana, nos han robado las importantes noticias de los hechos laudables de no pocos héroes nacionales, que en los reñidos combates que tuvieron con los páganos, triunfaron gloriosamente de los enemigos de Jesucristo. Entre los de esta clase, sabemos que fué uno S. Sandalio, de quien solo nos consta, por el Breviario antiguo de Cór-

doba, que alcanzó la corona del martirio á fuerza de los tormentos que inventó el odio de los idolatras contra los cristianos en la cruel persecucion que suscitó contra la Iglesia el impío emperador Diocleciano, segun se cree. Guardó él á Dios gran fidelidad en confesar su fe; y habiendo peleado muy valerosamente, acabó su carrera con triunfo: acreditándolo así su antiquísimo inmemorial culto en Córdoba, estendido á la Iglesia universal por la autoridad del Martirologio romano.

SAN SIMEON STILITA, EL MENOR.

SAN Simeon nació en Antioquía en el año de 521, y aun era niño cuando se retiró al monasterio de Thaumastore, ó *Monte admirable*, situado en los desiertos de Siria, cerca de Antioquía. Estuvo algunos años sirviendo á un monge que hacia penitencia sobre una columna no léjos de la comunidad á que pertenecía, y se dedicó con todas sus fuerzas á ser fiel imitador de sus virtudes. Encontrándose un día con un leopardo todavía cachorro, y no sabiendo lo que era, se lo echó al hombro y lo condujo al pié de la columna de su maestro; y al ver el ermitaño aquella fiera que obedecia á aquel niño, concibió grandes esperanzas de su discipulo; y á poco tiempo en el año de 526 con las pruebas que tenia de su fervor, le mandó que hiciese tambien una columna y que viviese sobre ella, á cuya disposicion obedeció gustoso Simeon como si hubiera oído en ello la voz de Dios. Vivió sucesivamente en dos columnas sesenta y ocho años con grande austeridad y en una contemplacion continua. Dios manifestó la santidad de su siervo con un número grande de milagros que obró, especialmente en curaciones maravillosas de enfermos, y en el don de profecía. Evagrio, el historiador, fué testigo de vista de muchos milagros, y nos asegura haber experimentado por sí mismo que el Santo leia los secretos del corazon cuando le visitó para consultarle acerca de la salvacion de su alma. La fama de sus virtudes corrió por todas partes, y un concurso innumerable de gentes de todas naciones acudian continuamente á este siervo de Dios, muy respetado tambien de los emperadores Mauricio y Justino. A este último escribió una carta en defensa del respeto que se debia á las santas imágenes, con motivo del destrozo que de ellas hicieron los samaritanos en las iglesias: carta que se halla citada por S. Juan Damasceno y por el segundo concilio Niceno. El Santo cayó enfermo por los años de 592, y noticioso de ello Gregorio patriarca de Antioquía, marchó inmediatamente á asistirle en sus últimos momentos. Pero antes que

llegase habia ya partido para el Señor el siervo de Dios. En sus exequias asistió todo el clero, el pueblo, y algunos obispos, entre ellos el citado patriarca. S. Simeon predicaba desde lo alto de su columna, y sus discursos obraron una infinidad de conversiones.

SAN NONITO Ó NONICIO, OBISPO Y CONFESOR.

SAN Nonito, ó como otros dicen, Nonicio, fué español, y comenzó á florecer en tiempo del rey Suintila. No tenia muchos años, cuando, á lo que se cree, habiendo echado de ver los peligros de este mundo, determinó dejarle con todas sus pompas, y entrar en religion. Y como la orden de S. Benito haya sido la que mas ha florecido en santidad en la Iglesia de Dios, como dan de ello testimonio los muchísimos santos que tienen en ella canonizados, propuso recibir el hábito en ella, como de hecho lo hizo, aunque no sabemos en qué monasterio. Hecho religioso, supo tan bien granjear con Dios, y atesorar tesoros para el cielo, que muerto el bienaventurado S. Juan, obispo de Gerona, y monge de la misma orden, mereció ser su sucesor en la santidad y en el obispado (*); no por haber pensado mucho los hombres en ello, ni de resultas de largas deliberaciones sobre el asunto, sino que Dios para provecho espiritual de sus ovejas, promovió los ánimos, y con impensada deliberacion de ellas se vió puesto nuestro Santo en la dignidad episcopal, como lo dice Vasco siguiendo á S. Ildefonso.

Fué este gran siervo de Dios devotísimo sobremanera de los Santos, y era en particular aficionadísimo al bienaventurado mártir S. Felix, asistiendo siempre con devocion particular á la reverencia y veneracion del sepulcro y altar de aquel Santo. Además de esto con sus virtudes y doctrina enseñaba á su pueblo y mostraba los dones de Dios que dentro de sí tenia.

Habiendo pues gobernado su Iglesia maravillosamente y alcanzado mucha santidad, sirvióse Dios darle el premio de los justos. Murió cerca de los años del Señor 636, reinando en España el rey godó Sisenando. Despues de su muerte fueron tantas las maravillas que Dios obró por él, que (segun dice S. Ildefonso) mereció ser puesto en el catálogo de los Santos.

(*) Dice el Dr. Pujades, que si se entiende que Nonito fuese sucesor inmediato de Juan, es una manifiesta equivocacion, porque entre los dos se halla el obispo Stefilo de Gerona, firmado en el tercer concilio de Barcelona. (*Cron. univ. de Cataluña.*)

Se halló en el quinto concilio Toledano, y se firmó en él, como allí se lee; debiéndonos persuadir que su santidad y doctrina se manifestaria bien en aquella congregacion, pues vemos que S. Ildefonso le coloca entre los varones ilustres de aquel tiempo. Esto es lo que se ha hallado auténtico de este Santo. (*Domene.*)

La misa es en honor de las santas mártires Serapia y Sabina, y la oracion la siguiente:

Concédenos, Señor Dios que ya que no podamos honrarnos, la gracia de que celebraras como merecen, las rindabremos con continua devocion. mos á lo menos nuestros reverentes obsequios. Por nuestras victorias de tus santas mártires Serapia y Sabina, para Señor, etc.

La Epístola es del cap. 10 y 11 de la segunda de S. Pablo á los Corintios.

Hermanos: El que se gloria, gloria; pero con todo eso sufridme; gloríese en el Señor. Porque el porque yo os zelo, por zelo que se alaba á sí mismo, no que tengo de Dios. Puesto que es el que está acrisolado, sino el os he desposado, para presentaros como una casta virgen á que alaba á Dios. Ojalá sufriraros como una casta virgen á seis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme; un solo hombre, á Cristo.

REFLEXIONES.

El que se gloria, gloríese en el Señor. Una de dos, ó las cosas de que uno se gloria, y de que hace vanidad, son de tal naturaleza que no se pueden atribuir á Dios, y entonces es harto vana. harto lastimosa su gloria; ó son de aquellos talentos que el mismo Señor nos comunicó para que usásemos de ellos conforme á sus altos fines; y entonces es el hombre muy injusto si se los atribuye á sí mismo. Con efecto, ¿qué mérito comunicará á una persona un magnifico tren, una rica gala, un pomposo vestido, un nacimiento ilustre, nobles y antiguas posesiones, si la persona que sale al teatro del mundo con todo este aparato no tiene en sí ni mérito ni virtud? ¿se la darán los paños preciosos, las telas delicadas, las magnificas carrozas, ni los hermosos caballos? ¿El apellido rumboso y antiguo da entendimiento al que no le tiene? ¿y la indevocion perderá nada del desprecio que merece, y de lo pernicioso que es, por verse colocada en un puesto elevado, adornada con una garnacha, ó arrimada á un

baston de general? ¿serán por eso buenas las costumbres estragadas? Los dones de Dios son estimables, y se deben respetar en cualquiera en quien se hallen: si aquellos á quienes el Señor favoreció con ellos los convierten en motivo de vanidad, no por eso pierden nada de su precio y de su valor; pero los que se atribuyen á sí mismos la gloria, cometen una especie de latrocinio que los hace delincuentes. *No es recomendable el que se alaba á sí mismo.* Aun cuando la vanidad de alabarse no produjera mas que el desprecio y la bajeza, bastaria para huirla. ¿Qué juicio hacen de ella los hombres? El mismo alabarse uno á sí propio quita el mérito á las acciones mas loables, echa en ellas un borron y las afea. Siempre se desacredita el que se alaba. No hay prueba mayor de un mérito superficial, de una virtud imaginaria y de un entendimiento limitado que el incensarse á sí mismo; ninguno de los que le oyen puede tolerar el mal olor de este incienso, y solo huele bien al que se perfuma con él. ¿A qué fin hacer ostentacion de los talentos que el Señor nos dió? Esto es lo mismo que si un comediante se gloriasse con ridicula vanidad de las galas y joyas que le prestaron para que saliese al tablado. ¡Ah! que basta y sobra un accidente de apoplejia, una enfermedad de pocos dias, una desgraciada caída para trastornar el mas despejado entendimiento, para marchitar esas brillantes y pomposas flores, y para desvanecer en humo los mas nobles, los mas escogidos talentos. ¿A qué fin hacernos tanta merced de lo poco bueno que somos capaces de hacer? ¿Para qué sacarlo á luz de manera que nos pueda granjear la estimacion de los hombres? Basta que lo vea Dios, por quien únicamente debemos trabajar, sin esponerlo á los ojos de todo el mundo. Toda esa ansia de ser vistos es buena prueba de que solo trabajamos por respetos de los hombres. Si el Señor nos colocare en algun puesto donde nos sea necesaria su estimacion, él sabrá manifestar que somos dignos de ocuparle, sin que nosotros lo solicitemos. En toda vanidad se mezcla algo de pueril; pero en aquella que nos induce á alabarnos á nosotros mismos, tiene mucho de esto que se llama parvulez.

El Evangelio es del cap. 15 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos esta parábola. Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le ha-

lla, le esconde, y muy gozoso de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que

busca piedras preciosas; y en hallando una, fué y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Heis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Y les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

Del espíritu del mundo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no tiene Jesucristo, por decirlo así, enemigo mas cruel que el espíritu del mundo. Con verdad se puede decir que este tirano, orgulloso con sus conquistas, y arrogante con el número de sus ciegos partidarios, entró á ocupar el lugar de los mas poderosos enemigos del cristianismo. La persecucion que hace hoy á la Iglesia es al parecer mas perniciosa que la de los mismos Dioclecianos. Este es aquel espíritu seductor, que por vengarse de los terribles anatemas que fulminó contra él el mismo Hijo de Dios, todo lo pone en movimiento para desacreditar la doctrina de Jesucristo y sus mas inefables máximas. Este es aquel espíritu réprobo que en todas partes persigue á los buenos; que hace ridiculos los mas augustos misterios de la religion; que desprecia y se burla de las verdades mas terribles, y que emplea todos sus infernales artificios para extinguir, si pudiera, el espíritu de Jesucristo en medio del cristianismo. Este es aquel espíritu que pone tedio y disgusto en todos los ejercicios que suenan á piedad y á devocion, y que trabaja (¡ó Dios, y con qué desgraciada felicidad!) en establecer sobre las ruinas de la religion las máximas que reinan el dia de hoy en el mundo. El es el que casi desferró del mundo cristiano la modestia, la gravedad, la circunspeccion y la amable sencillez; el que hizo desaparecer la buena fe y la rectitud; el que ha reducido á casi nada las obligaciones de la religion entre los grandes y personas de distincion; y en fin, este es aquel espíritu que estendiéndose y derramándose por todo el universo, ha desfigurado el semblante de la tierra, que tan dichosamente